

## BEATA VICTORIA RASOAMANARIVO (1848-1894)

La reina Ranavalona I reinó en Madagascar desde 1828 hasta 1861, el año de su muerte. Implacable enemiga de la religión cristiana, veneraba a los sampy (una especie de ídolos) y seguía, como protección de su persona y del reino, miles de prácticas supersticiosas. La familia más poderosa cercana a la reina era la de Victoria Rasoamanarivo. Su abuelo, Rainiharo, fue primer ministro de la soberana durante más de veinte años. Dos de sus hijos, Raharo y Rainilaiarivony, lo sucedieron en sus tareas.

Rainiharo tuvo una hija llamada Rambahinoro. Del matrimonio de esta hija con un primo nació Victoria Rasoamanarivo, la tercera de siete u ocho hijos. Nacida en 1848, en un año que parecía ser una «cita a larga distancia como la del gallo y el sol» (por usar un proverbio malgache) con la revolución industrial, el proletariado y el despertar de las nacionalidades, también Victoria adoptará un comportamiento que tendrá un fuerte impacto en su entorno, determinando su destino y la admiración que despertará.

Victoria tenía 13 años cuando los primeros misioneros católicos llegaron a Tananarive (hoy Antananarivo), en noviembre de 1861, después de la muerte de la reina Ranavalona I. Fue una de las primeras estudiantes de las Hermanas de San José de Cluny y se distinguió por su modestia y su devoción, sobre todo por la asiduidad con la que asistía a misa todas las mañanas.

Recibió el bautismo el 1 de noviembre de 1863 a la edad de 15 años, hizo su primera comunión el 17 de enero del año siguiente y, unos meses más tarde, el 13 de mayo, contrajo matrimonio, a los 16 años, con Radriaka, su primo, el hijo mayor de Rainilaiarivony. A esa edad ella hubiese deseado, como confesó más tarde, convertirse en religiosa, agregando sin embargo

que la Providencia había decidido lo contrario. Pero su nueva condición no la separaba de las Hermanas. Siguió yendo a la escuela porque de las tareas domésticas se encargaba la servidumbre.

De ahí el comienzo de las dificultades, ya que los padres y sus familias trataron de convertirla al protestantismo, la religión del estado y de la alta sociedad. El calvario de Victoria comenzó en ese momento. Su conducta fue irreprochable y paciente. No se quejaba, pero hizo notar a su marido el error que las familias estaban cometiendo contra su dignidad como mujer. El esposo, consciente de la gran razón que ella tenía, a veces se arrodillaba junto a ella para orar. El destino adoptó la forma paradójica de la infertilidad conyugal: Victoria experimentó toda la amargura del estigma social asociado a esta condición, por lo que se preguntaba si aquello no sería el resultado de un mal comportamiento conyugal.

Rechazada por los suyos, Victoria comenzó a hacer de la Iglesia su segundo hogar. Pasaba siete u ocho horas al día allí, desde las cuatro de la mañana, durante todo el año y a pesar de todo tipo de amenazas. Había creado un oratorio en la casa donde con frecuencia pasaba el tiempo de rodillas, prolongando sus oraciones hasta muy tarde. Tenía una devoción especial a la Santísima Virgen, por lo que siempre llevaba el rosario en sus manos. Esa vida de oración, lejos de absorberla en detrimento de otros deberes, la ayudaba a cumplirlos con total dedicación. Cuidaba su casa, que incluía una treintena de sirvientes; a menudo visitaba a los enfermos sin ninguna distinción de clase, daba limosnas con frecuencia y recibía gente pobre y enferma en su casa.

Cuando se fundó la congregación laical de la Santísima Virgen en 1876, Victoria fue su presidenta y se esforzó por inculcar a sus compañeras el celo por la caridad. Creó un taller para confeccionar ropa para los pobres y los leprosos. Además, ella ayudó a las iglesias pobres y mandó construir la capilla de la ciudad sagrada, Ambohimanga. Como miembro de la familia del Primer Ministro, Victoria era dama de la corte. Obligada a presentarse en el Palacio, asistía allí como cristiana, con su rosario claramente visible en su mano, y rezaba antes y después del almuerzo. Al sonido de la campana,

se disculpaba y se retiraba para recitar el Ángelus. Y cuando se le preguntaba el motivo de esa conducta, simplemente respondía: «Es costumbre entre nosotros, los católicos». No había rigidez en ella, ni ostentación o intolerancia, sino simplemente fe, fidelidad a Dios y respeto absoluto por los demás.

Lo que más sorprendió a la Corte fue la heroica paciencia que Victoria demostró durante casi tres años con su despreciable esposo. Nunca se le escuchó la menor queja contra él. Sin embargo, eran tales sus constantes excesos que el primer ministro, de acuerdo con la reina, trató de separarla de él con el divorcio. Cuando Victoria se enteró de este plan, se arrojó a los pies de su suegro para pedirle que renunciara a *él* porque —decía— el matrimonio católico es indisoluble.

El 25 de mayo de 1883 se desencadenó una persecución contra la misión católica y, después de haber sido expulsados todos los misioneros franceses, los fieles católicos fueron acusados de traidores a las costumbres de la isla y por tanto de la patria. El mismo día en que los misioneros salieron de Antananarivo, llegó una orden de una autoridad desconocida, divulgada por todos los funcionarios civiles y religiosos, proclamando que, siendo el catolicismo la religión de los enemigos del país, sus seguidores serían considerados como traidores.

El domingo siguiente al éxodo de los misioneros, los católicos contemplaron con tristeza sus iglesias cerradas, pero no se atrevieron a acercarse a ellas. A las 9 en punto de la mañana Victoria estaba delante de la Catedral. Al verla cerrada, envió un mensaje al primer ministro preguntándole si una orden de la reina prohibía a los católicos entrar en la iglesia. No había una orden real al respecto. Entonces Victoria, acercándose al oficial que presidía la guardia, ordenó que se abrieran las puertas. «Si os oponéis por la fuerza, mi sangre será la primera que virtáis. No tenéis ningún derecho a impedirnos entrar en nuestras iglesias para orar». Las puertas se abrieron. Victoria entró la primera y un gran número de cristianos la siguieron. Fue una primera victoria, la más importante, ya que con ella se estableció el principio de la libertad de oración.

Durante la guerra franco-malgache, la nacionalidad francesa de los misioneros puso en peligro el futuro del catolicismo, como una religión del agresor. Victoria no tenía prejuicios contra los misioneros franceses, con quienes tenía excelentes relaciones, pero había pedido, escribiendo al extranjero y teniendo en cuenta la situación local, que enviaran misioneros católicos ingleses. La expulsión afectó tanto a los misioneros franceses como al único inglés del grupo, lo que demostró claramente que la oposición era contra el catolicismo en sí mismo, independientemente de la nacionalidad de los misioneros.

El padre Caussèque, párroco de la Catedral, había fundado una asociación de hombres con el nombre de Unión Católica. Esta asociación debía ser el instrumento del que Victoria debería haberse servido para mantener la fe y la práctica del culto en toda la misión. Los miembros de la Unión Católica reabrieron las capillas, reunieron a los cristianos y restauraron las escuelas. No fue fácil. Victoria se vio obligada a visitar los principales ambientes para animar con su presencia a los más débiles. Algunos informes de la época describen las manifestaciones de entusiasmo que despertaron estas visitas. «Tened confianza —decía Victoria—, la religión católica no está prohibida. Los franceses se han ido, pero la religión permanece».

Cuando los misioneros regresaron a sus puestos, Victoria retomó su vida sencilla, modesta y humilde. Lo único que todavía le preocupaba era la conversión de su marido. Ella rezaba y hacía rezar por esa intención. Su última obra de «maternidad espiritual» se refería a su esposo. Una noche, lo trajeron a casa borracho, después de una caída que finalmente resultaría fatal. Victoria lo convenció para que recibiese el bautismo, que le fue administrado en su lecho de muerte en 1887. Como viuda mantuvo el luto hasta su muerte, que acaeció siete años después. Mandó celebrar numerosas misas por el descanso del alma de su esposo, y aprovechó la ocasión de ese duelo para usar ropas aún más simples y retirarse casi por completo de la corte. Sus hijos más queridos eran los humildes: los enfermos, los pobres, los presos cruelmente encadenados, los leprosos atormentados continuamente por su mal y desterrados por la sociedad.

Después de una brevísima enfermedad, Victoria murió el 21 de agosto de 1894. Dos meses más tarde, los misioneros reanudaron el camino del exilio que duró hasta finales de 1895. En su lecho de muerte, Victoria elevó las manos al cielo, sosteniendo la corona del Rosario, y, pronunciando tres veces: «Madre, madre, madre», expiró. Fue beatificada por el papa san Juan Pablo II el 30 de abril de 1989 en Antananarivo. La Iglesia católica la celebra el 21 de agosto.

